

Chile: Resistencia y manifestaciones (1973-1990)

Igor Goicovic Donoso

Departamento de Historia, USACH

En la madrugada del 11 de septiembre de 1973 unidades de la Armada de Chile tomaron el control del puerto de Valparaíso, a la vez que unidades militares, de la Fuerza Aérea y de carabineros de Chile, se desplegaban en las capitales provinciales y departamentales, tomando el control de cuarteles militares y policiales, edificios públicos, radioemisoras y canales de televisión y de las principales vías de comunicación. Con un poco más de precaución, e incluso temor, comenzaron a cercar los barrios industriales, donde se concentraba la clase obrera, y las universidades, que habían destacado por su apoyo al gobierno de la Unidad Popular. Cientos de trabajadores y estudiantes, acatando el llamado del “compañero Presidente”, concurrieron hasta sus lugares de trabajo y centros de estudio para contener la asonada golpista. Muchos de ellos esperaban, ilusionados, que las unidades militares “constitucionalistas” concurrieran, como en junio de 1973, a la defensa de la institucionalidad democrática. Ello no ocurrió. Aislados en sus lugares de trabajo y de estudio, sin una clara conducción política por parte de las organizaciones de izquierda y carentes del armamento necesario para repelar a los golpistas, estos resistentes tempranos fueron desalojados, encarcelados, sometidos a un duro castigo y en muchas ocasiones ejecutados sumariamente.¹ No obstante, en algunas localidades, como en la Comisaría de Antofagasta, en los cerros de Valparaíso, en la fábrica Indumet, en la población La Legua, en el Palacio de La Moneda y en sus inmediaciones, en la Laguna del Maule, en Chillán y en Neltume, otros grupos de resistentes, de forma aislada o en pequeños grupos, intentaron frenar la embestida de los golpistas. Sin una adecuada coordinación, mal armados y carentes del apoyo de las unidades militares regulares, también sucumbieron tempranamente. Estos resistentes tienen nombres y trayectorias que deben ser investigadas y conocidas: Guillermo Schmidt Godoy, era un carabinero constitucionalista; Germán Castro Rojas, era intendente en Talca; José Liendo Vera, Arnoldo Camú Veloso y Eduardo Ojeda Disselkoen, eran militantes revolucionarios.² En esta primera fase, toda forma de resistencia, pacífica y armada, fue violentamente reprimida.

Al calor de la ofensiva represiva la dictadura abolió todas las expresiones de la institucionalidad democrática: Colocó fuera de la ley a los partidos de izquierda y a la Central Única de Trabajadores (CUT), cerró el Congreso Nacional y decretó el receso de los partidos opositores a la Unidad Popular (Democracia Cristiana y Partido Nacional), intervino las organizaciones sindicales y las juntas de vecinos, invadió las universidades y puso fin al proceso de reforma, cercó las poblaciones populares y las comunidades indígenas, estableció una estricta censura a los medios de comunicación y clausuró, vía toque de queda, todos los espacios de

¹ Rettig, Raúl (coord.), *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Imprenta de La Nación, Santiago de Chile, 1991.

² Goicovic, Igor, “Golpe de Estado, violencia política y refundación de la sociedad chilena”, en Moyano, Cristina (comp.), *A 40 años del golpe de Estado en Chile*, Editorial USACH, Santiago de Chile, 2013, pp. 113-147 y Vidaurrázaga, Ignacio, *Martes once. La primera resistencia*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2013.

sociabilidad. Severamente golpeado por la represión y carente del espacio histórico en el cual se había desarrollado históricamente (la institucionalidad democrática), el movimiento popular se desarticuló y sus militantes intentaron sortear las persecuciones replegándose sobre sus espacios de vida cotidiana, desplazándose hacia otras áreas del país o buscando amparo en las embajadas.

Pese a la brutalidad y extensión de la represión, algunos militantes populares optaron por sumergirse en la clandestinidad, reanimar sus organizaciones sociales y políticas y desplegar formas embrionarias de resistencia frente a la dictadura. En octubre de 1973 se constituía el Comité de Cooperación para la Paz en Chile y en torno a esta estructura ecuménica se comenzaron a organizar las agrupaciones de familiares y compañeros de las víctimas de la represión. En los centros públicos de detención los prisioneros políticos se agrupaban en estructuras colectivas a objeto de denunciar ante los organismos internacionales las violaciones a los derechos humanos. Al amparo de las comunidades cristianas de base se organizaron bolsas de cesantes y ollas comunes. Para el Primero de Mayo de 1974 cientos de panfletos fueron distribuidos en los barrios obreros, llamando a sumarse a la Resistencia Popular. En 1975 se formó la Coordinadora Nacional Sindical (CNS), organización multisindical, de base obrera, que convocó, ya en 1978, a las primeras manifestaciones antidictatoriales en la Plaza de Artesanos de Santiago. Fue la clase obrera, a su vez, la que protagonizó las primeras huelgas del período, como las huelgas de los trabajadores de Panal y El Teniente en 1980 o la de los obreros de la construcción de la represa Colbún Machicura en 1982. Para julio de 1980 se desarrollaron las primeras tomas masivas de terrenos en el sector La Bandera, en la comuna de La Granja, las que se multiplicaron entre 1981 y 1982. Por otro lado, el denominado “Caupolicanazo”, de agosto de 1980, se convirtió en el primer mitin político antidictatorial. A esta actividad, realizada en el marco de la campaña por el No en el plebiscito de septiembre de ese mismo año, concurrieron militantes y simpatizantes de todo el arco político de la oposición a la dictadura, poniendo en evidencia el alto grado de rearticulación que habían alcanzado las organizaciones que se encontraban en la clandestinidad.³

A partir de este momento las manifestaciones del Primero de Mayo y las romerías al patio 29 del Cementerio General en Santiago y al Cementerio Santa Inés de Viña del Mar (lugar de sepultura del cuerpo de Salvador Allende hasta 1990), se convirtieron en masivos actos de denuncia de la dictadura. Por último, en agosto de 1984, una multitudinaria “marcha del hambre” atravesó el centro de Santiago poniendo en jaque a los dispositivos policiales del régimen.

La reanimación del movimiento popular, iniciada en 1978, estaba plenamente consolidada hacia 1982. No es extraño, en consecuencia, que las protestas populares antidictatoriales

³ Goicovic, Igor, “Terrorismo de Estado y resistencia armada en Chile. El MIR, entre la dictadura y la transición (1973-1994)”, en Águila, Gabriela y Alonso, Luciano (coords.), *Procesos represivos y actitudes sociales. Entre la España franquista y las dictaduras del Cono Sur*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2013, pp. 245-270.

inauguradas en mayo de 1983 hayan alcanzado una alta adhesión de masas, una amplia extensión territorial y un importante grado de radicalidad. Efectivamente, durante la jornada diurna las agrupaciones de derechos humanos ocupaban las principales arterias de las ciudades del país, los trabajadores llevaban a cabo “viandazos” en sus lugares de trabajo, a la vez que los estudiantes (secundarios y universitarios), realizaban manifestaciones en las inmediaciones de sus establecimientos educacionales. Mientras que al caer la noche miles de pobladores, en especial en las periferias urbanas de las principales ciudades del país, salían a las calles, sabotaban con cadenas el tendido eléctrico, levantaban barricadas y se enfrentaban violentamente con efectivos de carabineros y, en no pocas ocasiones, con patrullas militares.⁴

En este escenario las organizaciones políticas de la oposición realizaron ajustes a sus propuestas programáticas y sus definiciones estratégico-tácticas. La Democracia Cristiana (PDC), que inicialmente había respaldado el golpe de Estado, se comenzó a distanciar de la dictadura en 1974, para pasar a convertirse en oposición en 1976. El Partido Socialista (PSCh) experimentó una fuerte fragmentación (1977-1979) y mientras una parte importante de sus dirigentes en el exilio adscribían a las tesis de la socialdemocracia europea, en el “interior”, el grueso de su militancia reconocía filas en la organización liderada por Clodomiro Almeyda. Los comunistas chilenos (PCCh), a su vez, reivindicaban todas las formas de lucha para enfrentar a la “dictadura fascista” y, en el marco de la política de rebelión popular de masas (1980), daban forma al Frente Patriótico Manuel Rodríguez (1983). El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), pese a los severos golpes represivos de que fue objeto, desplegaba la denominada “Operación Retorno” (1978), que reintrodujo en el país a cientos de militantes que estimularon el desarrollo de las Milicias de la Resistencia Popular y las operaciones ofensivas contra el aparato de seguridad de la dictadura. Por último, al interior del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y en especial desde las comunidades cristianas de base, surgía, hacia 1983, el MAPU Lautaro, una organización que también reivindicó las formas armadas de lucha.⁵

Entre 1986 y 1987 las manifestaciones antidictatoriales se hicieron cotidianas. Trabajadores, pobladores, estudiantes, milicianos, activistas de derechos humanos, artistas, intelectuales, desafiaban de múltiples formas la institucionalidad dictatorial y su cerco represivo. Arrinconada por la movilización popular, cuestionada por las democracias occidentales y por la opinión pública internacional y presionada por su propio entorno civil y militar, la dictadura, a partir de 1985, se allanó a negociar una salida a la crisis con el sector de la oposición que lideraba el PDC. Los acuerdos suscritos entre 1985 y 1987 entre la dictadura y la oposición, avalados por el Departamento de Estado de EE.UU. y por la Iglesia Católica (visita papal de abril de 1987), condujeron a la aceptación de la institucionalidad política dictatorial por parte de la oposición y

⁴ Bravo, Viviana, *Piedras, barricadas y cacerolas. Las jornadas nacionales de protesta. Chile, 1983-1986*, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile, 2017.

⁵ Goicovic, Igor, “Formation and development of the armed left in Chile (1965-1990)”, en Kruijt, Dirk, Rey, Eduardo y Martín, Alberto (eds.), *Latin America guerrilla movements. Origins, evolution, outcomes*, Routledge. Taylor and Francis Group, New York, London, 2020, pp. 111-119.

a la aceptación de un itinerario de retorno a la democracia por la parte del régimen.⁶ A partir de este momento, la movilización popular se orientó hacia la demanda de elecciones libres, al incentivo a la inscripción en los registros electorales y a la promoción de la opción No en el plebiscito de continuidad del dictador para el cargo de Presidente de la República, de octubre de 1988. Derrotada la dictadura en las urnas en octubre de 1988 y aceptado a regañadientes el veredicto electoral por parte del entorno dictatorial, se despejó el camino para que, en nuevo evento electoral, el candidato de la oposición al régimen, el demócratacristiano Patricio Aylwin Azocar, ganara las elecciones presidenciales de diciembre de 1989, abriendo de esta forma el camino para el restablecimiento de la democracia en marzo de 1990.

⁶ Aceituno, David y Rubio, Pablo, “Encrucijadas. entre la dictadura y la transición chilena, 1984-1994”, en Aceituno, David y Rubio, Pablo, *Chile, 1984/1994. Encrucijadas en la transición de la dictadura a la democracia*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 2020, pp. 7-41 y Goicovic, Igor, “Proceso de transición y violencia política en Chile (1988-1994)”, en Molinero, Carme e Ysas, Peré (eds.), *Transiciones. Estudios sobre Europa del sur y América Latina*, Libros de La Catarata, Madrid, 2019, pp. 104-126.

Testimonio

Cuando nuestra compañera de Pedagogía en historia Fahra Neghme, fue expulsada de la universidad por pensar distinto, muchos de sus compañeros de estudio, que no participábamos en actividades de resistencia a la dictadura, llegamos a la convicción que no era posible que el terrorismo de Estado continuara y nos atrevimos, poco a poco, a vencer nuestros miedos, y enfrentar la represión policial y sanciones disciplinarias que imponían los rectores militares delegados en la USACH, realizando pequeños actos de rebeldía, como cuchareos en el casino, marchas y actos políticos no autorizados.

En este marco de terror ambiental, la conciencia de que no se podía seguir viviendo en esas condiciones, nos permitió crear orgánicas como los comités democráticos de estudiantes, que fueron ganando espacio, transformándose nivel a nivel, carrera a carrera, en Centros de Alumnos representativos.

El primero de ellos fue Ingeniería Química, luego continuó la Facultad de Estudios Generales, hoy Humanidades, -que me correspondió presidir-. El día siguiente a la elección la universidad fue allanada por carabineros y muchos estudiantes detenidos. Después de quince días de prisión, sin presentarnos a ningún tribunal, a algunos de nosotros se nos aplicó el artículo 24 transitorio de la constitución de la dictadura, relegándonos por tres meses a pequeños pueblos en el desierto, una suerte de exilio al interior del país.

A fines del año 1985, aunque no reconocidos por la autoridad militar, los Centros de Alumnos convocamos a elecciones de la primera FEUSACH, con amplísima participación estudiantil, debates, actos culturales y un aire de libertad al interior del campus, que aumentó la fuerza del movimiento estudiantil. La respuesta de la autoridad fue la adopción de medidas disciplinarias de expulsión o suspensión por seis semestres a la directiva completa de la Federación y muchos otros estudiantes, en el verano del 86.

La mayor movilización de la década fue ese año. Nos correspondió como FEUSACH, representar a la CONFECH en la Asamblea de la Civilidad, instancia, que agrupaba a todo el tejido social organizado de la época, conformado por sindicatos de trabajadores, organizaciones campesinas y de pobladores, la totalidad de los colegios profesionales y agrupaciones de estudiantes universitarios y secundarios convocando a la mayor jornada de protesta nacional, paralizando el país, los días 2 y 3 de julio, todos unidos en la Demanda de Chile: Recuperar la Democracia

Los convocantes estuvimos encarcelados tres meses, un costo muy menor en relación con la tragedia que significó que una patrulla militar quemara a nuestra compañera Carmen Gloria Quintana, en las cercanías de la universidad y que en los siguientes días desapareciera el miembro de la directiva de la FEUSACH, Mario Martínez, que finalmente apareció ahogado en la playa de Santo Domingo.

Toda esta violencia redobló nuestro compromiso social, en homenaje a nuestras compañeras y compañeros caídos y a todos los que sacrificaron sus estudios por impulsar la causa universitaria y democrática.

La precariedad material de la primera Federación, y el resultado obtenido, demuestran que las convicciones de un grupo humano son el factor fundamental para generar cambios sociales, y quienes participamos de esa gesta, creemos fundamental el rescate de la memoria.

Querida y querido visitante, si te has dado el tiempo de leer este texto, ya eres parte de nuestra orgullosa tradición universitaria de movilización social y los nuestros son y serán semilla de libertad y justicia para Chile.

Andrés Rengifo Briceño

Estudiante de la carrera de Pedagogía en Historia y Geografía (1981 – 1986)

Presidente de la primera Federación de Estudiantes de la Universidad de Santiago de Chile,
FEUSACH, elegida en dictadura.

Recopilación: Lucía Valencia Castañeda

Testimonio

“Los caminos de la vida no son lo que imaginamos...”
(Vicentico).

Era la primera vez que salía sola al centro de Santiago, tenía 17 años, estaba nerviosa y a la vez emocionada, iba a matricularme en la UTE, Universidad Técnica del Estado, en la carrera de Pedagogía en Historia. Iba atenta en la micro, los trámites había que hacerlos en la calle Bernal del Mercado, donde hoy se encuentra la Escuela de Periodismo, en la Escuela Normal José Abelardo Núñez, en que mi padre había estudiado para profesor. Cuando atravesé la Alameda, que me pareció muy ancha, me impactó ver carabineros por ambas veredas de la calle y jóvenes caminando en silencio hacia la entrada de la Universidad, pensé que había pasado algo, pero no, éramos nosotros y los que serían mis nuevos compañeros y compañeras los “custodiados”. Al entrar me sentí segura, busqué la fila de la carrera y me acerqué a una adolescente que vestía como yo, con prendas desgastadas, un poco “jipi”, ella sería mi primera amiga, compañera de curso y de luchas en la Universidad, mi primera hermana en aquellos años. Dicen que la atracción es parte del enamoramiento, hoy pienso que esa misma extraña sensación y ansiedad sentíamos cuando nos mirábamos, nos encontrábamos entre nosotros, los excluidos, los marginados por la dictadura, que después de unos meses de conocernos, un poco enceguecidos por la felicidad de compartir las mismas canciones, poemas y textos prohibidos, sabríamos si caminaríamos juntos por los patios y salas de la UTE, buscando las huellas de los detenidos desaparecidos, de los ejecutados, de los exonerados, de los exiliados, para continuar hasta conquistar la democracia y el socialismo.

La primera sorpresa del régimen gorila que vivíamos, fue que, una vez comprobada la documentación para matricularnos, nos hacían firmar un “Código de Ética Estudiantil”, un manual- compromiso de delación y no participación. Sólo recuerdo haber tenido una discusión con la funcionaria, porque me negué a firmarlo, pero al final me imagino que lo hice porque era obligatorio. En ese patio lleno de filas de jóvenes, también custodiadas, pero por guardias, transcurrió nuestro primer día de universidad. A la salida los carabineros seguían apostados en las veredas, como si estuvieran en guerra, me fui a mi hogar con una extraña felicidad, no imaginaba que la Dictadura también estaba en las universidades, pero estaba orgullosa, me sentía grande, iba a estudiar la carrera que amaba y en la universidad que había estudiado mi viejo.

Una vez que se iniciaron las clases estaba maravillada, pese a que la lectura obligatoria era evidentemente sesgada, y que nuestra participación estaba prohibida. La historia de los romanos y griegos me apasionaba, también la filosofía de la historia. Pese al silencio de la sala de clases en los pasillos hablábamos de todo, íbamos a los centros de cultura extranjera, a ver películas más progresistas, nos juntábamos en la biblioteca de la universidad y en la nacional a leer los libros (las fotocopias eran carísimas y los libros más aún). Llevé un día mi guitarra y mientras cantábamos en el patio un tema de Sui Generis, pasaron dos estudiantes molestos y tiraron monedas, a los minutos llegó un guardia, me quitó la guitarra me dijo que estaba prohibido cantar en los patios. Ahí nos quedamos y sin guitarra continuamos recitando las canciones.

En esos días de los años 1981- 1982 todo nos parecía urgente, la imposición de la nueva Ley General de Universidades se había promulgado, y estudiantes de nuestra y otras universidades eran detenidos y/o sancionados. Formamos un comité de estudiantes de Historia e hicimos una peña en la Pastoral Universitaria. Mientras cantábamos y conversábamos, llegó un muchacho de la U. de Chile, contándonos que habían detenido a un estudiante de dicha casa de estudios perteneciente a la ACU, Agrupación Cultural Universitaria; me entregó una declaración la que de inmediato leí entre los asistentes. Ese hecho generó el miedo de unos pocos estudiantes de cursos superiores de la carrera, que lo consideraron “irresponsable” de mi parte, y se fueron. Sin embargo, la mayoría continuamos preocupados por la suerte de aquellos que sin conocer arrojamos con amor, con canciones como “Yo te nombro libertad”. Así pasaban los días, corriendo entre estudios, reuniones, actividades de propaganda y romances. Después de unas miradas, largas conversaciones del futuro que pensábamos no íbamos a ver, del “ hombre nuevo”, de la Universidad para todos, después de la pegatina de afiches, lienzos o de rayar un muro, en medio de poseía y canto, estaba el amor: entre nosotros, de pareja, y por el país, todo era uno sólo, y un simple beso lleno de ternura, venía a sellar el compromiso de dos para caminar juntos por todo aquello, no hasta que la muerte nos separara, sino hasta que quisiéramos y pudiéramos estar juntos.

Se acercaba el primero de mayo de 1982, la UNED, Unión Nacional de Estudiantes Democráticos, iba a participar en un acto de conmemoración que se realizaría en el Sindicato de Trabajadores de Panal, para ello se imprimió una invitación, en un hermoso papel couche, tenía un dibujo de unos obreros y un poema de Neruda. Ese día nos juntaríamos en el patio de la Escuelas de Artes y Oficios a las 09:00 horas, con la idea de panfletear con las invitaciones e irnos. Llegamos solamente dos estudiantes a la actividad y me dio pena panfletear (tirar al aire) las hermosas invitaciones y propuse entregarlas mano a mano a los

estudiantes. Todos los recibían, la leían y en sus miradas había cierta alegría y complicidad. Cuando subimos las escaleras hacia el segundo piso, los estudiantes me alertan de un guardia, miro y venía detrás mío, el patio, en tanto, se había llenado de guardias haciendo un muro infranqueable en los anchos pórticos de la escuela, los estudiantes observaban en silencio. Me encuentro en el balcón con mi compañero y en fracción de segundos acordamos que yo bajaría para distraer a los guardias y él intentaría arrancar. Le pasé mi bolso y bajé corriendo las escaleras, abajo intenté correr hacia el pórtico que da a la casa central pero no pude salir, corrí hacia el otro pórtico que da hacia avenida Ecuador, y allí fui apresada. Me llevaron a una oficina en la salida hacia Ecuador, detrás de nosotros, muchos estudiantes de ingeniería venían en silencio. Una vez adentro, escuchaba lo que los guardias hablaban por sus radios, cómo seguían a mi compañero y cómo informaban a un jefe que no podían sacarme todavía porque había estudiantes afuera. No sé cuánto tiempo pasó, lo único que quería era que mi compañero pudiera escapar, y agradecía y agradezco a todos quienes estuvieron afuera de esa oficina en un acto silencioso de amor y protesta.

Finalmente, el compañero que realizó conmigo la actividad, estudiante de ingeniería logró escapar, y a mí me llevaron al lugar donde funciona la radio de la Universidad, no sé cómo, pero cuando llegué a ese lugar pude divisar a mis compañeros de carrera, que estaban por ahí en ese lugar. Ahí los guardias me entregaron a personal de civil de la universidad, no sé si de la CNI, Central Nacional de Informaciones o Investigaciones. Me interrogaron durante un largo tiempo, tenían fotos mías en diferentes lugares de la universidad y con diferentes estudiantes, lo bueno es que yo no sabía nada de ellos y ellas y nada podía decirles, porque en aquellos tiempos uno no preguntaba nada, y entre menos sabía era mejor para uno y para los otros. Sabían que mi padre había sido ejecutado, en circunstancia que yo nunca hablaba de ello y me preguntaron por mi hermano, Jecar Nehgme. Ingenuamente, yo preguntaba a qué hora me dejarían ir, porque estaba peligrando en el ramo de Historia Universal II, por asistencia. Después me exhibieron un documento que se denominaba "Decreto de Expulsión", que firmaban todos los rectores de las universidades chilenas. Después que me negué a firmarlo me dijeron que nos íbamos y pensé que quedaría en libertad, sin embargo, me subieron casi a empujones a una micro de carabineros de Fuerzas Especiales, quienes me registraron, me hicieron poner las manos en la nuca, y me trasladaron a la 21 comisaría de la calle Ecuador. A la salida de la Universidad, mis compañeros y compañeras seguían ahí, y cuando llegué a la comisaría estaba mi madre. A la comisaría llegó otro grupo de la CNI, para someterme a nuevos interrogatorios, con preguntas cuyas respuestas yo desconocía. En la noche me trasladaron a la 1° Comisaría, mientras mi madre nos seguía en un taxi. Desde ahí no supe más del exterior en 4 días, hasta que el Ministerio del Interior decidió por medio de un decreto, sin orden judicial alguna, mi relegación, por supuesta infracción a la Ley de Seguridad Interior del Estado, pese a ser menor de edad (18 años).

Desde la 1° Comisaría fui trasladada a Investigaciones en calle General Mackenna, después de una noche, me llevaron al aeropuerto de Cerrillos, en un vehículo con sirenas prendidas. Me sentaron atrás, al medio de dos funcionarios que me apuntaban con armas, lo mismo que el sujeto que hacía de copiloto. Yo, en silencio, pensaba en lo absurdo de la situación y anhelaba que alguien me rescatara. Una vez en el aeropuerto, otros funcionarios me subieron a una avioneta y partimos rumbo a Chañaral, era primera vez que viajaba en avión, y después a mi destino definitivo, El Salado por 3 meses. No conocía el norte de Chile, y sus cielos y

cerros de diferentes tonalidades, me recordaban los diferentes verdes del sur. Cuando terminó “mi condena”, antes de volver, el Sindicato del Cobre de Chuquicamata me invitó a una despedida en el Sindicato de El Salvador. Primera vez que hablaba en público y estaba lleno de trabajadores sentados como en una especie de pequeño estadio. Aunque las piernas y manos me tiritaban, pude hablar, les conté de nuestras luchas en Santiago, de los estudiantes, de los trabajadores de Panal, de las madres de los presos, de los detenidos desaparecidos y ejecutados políticos, que los necesitábamos, recordé la Escuela Santa María y la pampa de Irigoyen, las luchas de nuestros padres y abuelos. Salí del aquel lugar entre abrazos, aplausos y palabras de esperanza de los compañeros trabajadores, de los obreros del cobre, ese cariño me acompañó por muchos años en mi regreso a Santiago.

De esta manera mi sueño de la Universidad no estuvo ni cerca de lo que imaginaba, pero las personas jóvenes y adultas que conocí son parte de nuestra historia y de mi vida hasta el día hoy, sin ellos y ellas, yo no estaría contando este hermoso pedazo de mi vida. En agosto de 1982, a los días que regresé a Santiago, se haría un gran acto en la Universidad de bienvenida, en el mismo patio de la Escuela de Artes y Oficios en que fui detenida, había cientos de estudiantes, allí fue la segunda vez que tuve que hablar, entonces les conté a los estudiantes, del norte, de los obreros y sus mensajes de cariño y esperanzas.

Farah Nehgme Cristi

Estudiante de la carrera de Pedagogía en Historia y Geografía,
ingresa en 1981 es expulsada en 1982.

Recopilación: Lucía Valencia Castañeda